

EL PULSO DEL PLANETA

De guerrero a mánager

Kikanae Ole Pere ha cumplido su sueño: que su comunidad «maasai mara» exporte artesanía. Ahora, sabe manejar hojas de cálculo y se hace llamar William

IVÁN J. MUÑOZ
ALICANTE

Su nombre es Kikanae Ole Pere, aunque en Europa se presenta como William. Dice que tiene 37 años, algo que hay que aceptar como cierto si tenemos en cuenta que los «maasai» no saben su edad. De hecho, la mayoría de ellos ni siquiera están censados. Pero esa fue la fecha que él puso en su pasaporte la primera vez que vino a España, hace unos siete años.

William es especial por algo más que tener que matar a un león a cuchillo como parte del rito de conversión en guerrero establecido en su tribu. Desde pequeño, él ya soñaba con ayudar a la comunidad «maasai mara» para preservar su cultura a la vez que la adaptaba a los nuevos tiempos. Un carácter emprendedor que empezó a cultivar cuando su madre enfermó. Fue él, el más pequeño de la familia, quien se ocupó de recorrer largas distancias para poder comprar en Narok (Kenia) los «beads», las bolitas características para fabricar sus artesanías. Largos días con sus noches por la sabana entre ruidos de animales salvajes. En una de ellas, tuvo un sueño: se vio a sí mismo dirigiendo una escuela para la educación de su comunidad. Tenía 12 años.

Todo un «manager»

Desde entonces, esa imagen se convirtió en obsesión. Durante más de 10 años intentó conseguir ayuda viajando a menudo a Nairobi y hablando con cada turista que pasaba por su «manyatta» (aldea). Fue con ellos con quienes aprendió a hablar inglés. Hasta que un día su premonición empezó a hacerse realidad. Concretamente cuando Rosa Escandell, representante de la Asociación de Desarrollo, Comercio Alternativo y Microcrédito (ADCAM), coincidió con él invitada por la premio Nobel Wangari Maathai. «Me dijeron que había un «maasai» que nunca se cansaba de pedir ayuda para montar una escuela. Accedí a entrevistarle aunque solo fuera por saber quién podía tener tanto tesón y que era un maasai», recuer-



Kikanae Ole Pere muestra en Alicante un zapato «maasai» JUAN CARLOS SOLER



Los «maasai mara» elaboran artesanías con un estilo típico aplicado a zapatos españoles

da Rosa. Ahí no sólo empezó a cambiar su vida. También la de miles de sus congéneres.

Hoy en día, William es una pieza indispensable en su comunidad. Él gestiona, organiza y controla todo lo relacionado con el proceso de producción de los zapatos que una marca de Elche (Alicante) tiene derivado en la zona. Nada menos que 8.000 pares este año que se fabrican entre África y España. La iniciativa da trabajo a 1.400 mujeres y sustento a sus respectivas familias. Son muchas personas, ya que en cada «manyatta» hay un fuerte concepto de

solidaridad. Con un Toyota de segunda mano, recorre la distancia que hay entre aldeas para llevar las piezas de piel que desde Pikolinos envían para que las trabajadoras peguen sus artesanías. A veces son hasta dos y tres días en coche para recorrer los 200 kilómetros que desde algunos puntos hay hasta la frontera con Tanzania.

William es autodidacta, pero ha aprendido incluso a llevar la hoja de cálculo informática para auditar cuántos pares fabrica cada trabajadora y el tiempo que tarda. Cada una de ellas puede llegar a ganar entre 150 y 200 euros mensuales durante el medio año que dura la temporada. Mucho dinero para una cultura en la que las fortunas se miden en vacas. Es así, junto a la educación, como el proyecto reinvierte los recursos. Los «maasai mara» consiguen perdurar. Kikanae Ole ha cumplido su sueño.

VISTO Y NO VISTO

POR IGNACIO RUIZ-QUINTANO

LIBRES

En la grande polvareda del Alirón perdimos al don Beltrane de la libertad de expresión, que es una cosa que se celebra mucho.

En el Día de la Libertad de Expresión quien mejor la explicó fue el futbolista Javi Martínez, que en una gira radiofónica de lavado (eso que nunca tendrá Pepe) dijo que había llamado hijo de p... a Cristiano, «pero sin ningún ánimo de ofender».

En Cibeles, y acaso por la festividad del día (Día de la Libertad de Expresión), vimos que a Casillas también se le soltaba la lengua, y todos nos preguntamos por qué no estará así cuando juega.

La libertad de expresión no es ninguna broma. De Lopera se cuenta que un día que andaba cobrando recibos de hostelería un inquilino se le puso en plan Guardiola: «Mire usted, don Manuel, que esto está muy mal y son muchas nóminas. Siete en cocina, cinco en sala... y cada vez entra menos gente».

-¿Sabe «usted» por qué la gente no viene a «cenar»? —le dijo Lopera con gran solemnidad—. ¡Porque la gente no tiene de qué «hablar»!

La gente que sale a cenar en realidad lo hace para fumar y chatear, dos cosas que ya no le dejan hacer a uno en casa. En los restaurantes no se habla, y nunca cena uno más solo que cenando con amigos: en la mesa, chatean, y si no, están en la calle fumando.

Políticamente la llamada libertad de expresión siempre fue un derecho que se reduce a la libertad que el conejo tiene para huir de los cazadores.

-La gran sabiduría cortijera —dice Pemán— defiende su propiedad y su derecho amarrando a los perros para que no muerdan, pero dejándoles que ladren con un magnífico e ingenuo furor.

